



En el deporte se habla de formación con un tono casi sacerdotal. Formar carácter. Formar disciplina. Formar estructura mental. Todo suena impecable. Pero conviene sospechar de las palabras impecables.

Educar puede significar expandir. También puede significar domesticar. La diferencia es decisiva.

Un atleta educado para obedecer ejecuta con precisión. Un atleta educado para pensar decide bajo presión. El primero cumple el plan. El segundo interpreta el juego.

Hay entrenadores que celebran la disciplina cuando lo que en realidad celebran es el silencio. Hay sistemas que exaltan la justicia cuando lo que protegen es la uniformidad. Y la uniformidad tranquiliza, pero no inspira.

La educación sin libertad produce orden. La libertad sin educación produce ruido. Pero el orden sin libertad produce algo todavía más inquietante: obediencia sin alma.

Justicia o doctrina

El deporte necesita reglas. Sin reglas no hay competencia. Pero una regla es un marco, no un dogma.

Cuando la justicia se convierte en doctrina rígida, deja de proteger el juego y empieza a proteger la estructura. Se castiga la desviación no porque sea injusta, sino porque es incómoda.

El jugador creativo incomoda. El que improvisa desestabiliza. El que arriesga puede fallar. Y el error visible genera ansiedad institucional.

Por eso la doctrina seduce. Reduce incertidumbre. Garantiza previsibilidad. Hace creer que el control es superior a la vida. Pero el deporte nació de la incertidumbre.

La justicia sin libertad se parece demasiado al castigo preventivo. No corrige, inhibe. No orienta, restringe. No forma criterio, impone

repetición.

Hay algo profundamente paradójico en esto. Los grandes momentos deportivos son celebrados por su originalidad. Sin embargo, los sistemas que los producen tienden a desconfiar de lo original.

El atleta que se sale del libreto puede ser héroe o puede ser sancionado. Depende del resultado. Y esa dependencia revela algo incómodo: a veces la doctrina no busca justicia, busca control.

Vida o control

Hay una elección silenciosa que atraviesa todo proyecto deportivo serio. ¿Queremos atletas que obedezcan perfectamente o atletas que decidan imperfectamente?

La libertad introduce riesgo. Y el riesgo introduce vida.

Sin libertad puede haber eficiencia. Puede haber ejecución técnica impecable. Puede haber estadísticas favorables. Pero algo se vuelve mecánico. El juego pierde respiración.

La libertad no es ausencia de estructura. Es la posibilidad de elegir dentro de ella. Es el margen donde aparece la creatividad. Es el espacio donde el atleta deja de ser pieza y se convierte en sujeto.

Sin libertad no hay amor por el juego. Solo hay cumplimiento de tareas. Y el cumplimiento, aunque sea impecable, no conmueve.

Nada sirve sin libertad. Ni el reglamento más justo, ni la planificación más sofisticada, ni la formación más rigurosa. Todo eso adquiere sentido cuando el individuo puede asumir su decisión.

La educación verdadera no elimina la libertad, la afina. La disciplina auténtica no apaga la iniciativa, la sostiene. La justicia genuina no castiga la diferencia, la regula.

El deporte vive en esa tensión. Demasiado control lo vuelve previsible. Demasiada libertad lo vuelve caótico.

Pero si hay que elegir el punto de partida, la elección es clara.

Educar no es domesticar

Categoría: 187-La Clase

Publicado: Miércoles, 01 Abril 2026 12:14

Escrito por Mario Antonio Ramírez Barajas

Primero libertad. Después estructura.

Porque la estructura sin libertad produce obediencia. La libertad con estructura produce carácter.

Y el carácter es lo único que puede sostener el juego cuando el marcador ya no ayuda.

Sin libertad puede haber orden. Puede haber silencio. Puede haber disciplina.

Pero no habrá vida.

Y sin vida, aunque haya competencia, ya no habrá juego.